

JEZABEL LA MISIONERA DEL DIABLO

EDDIE CLOER

Texto: 1º Reyes 16.29–22.40

Un predicador del *evangelio*: ¿Cómo debemos describirlo? ¿Qué características tiene? ¿Qué hace? Haciendo una combinación especial de palabras griegas que el Espíritu Santo usó en el Nuevo Testamento para referirse al ministro de Dios que sirve la Palabra,¹ acabaríamos con el siguiente párrafo definitorio:

Un predicador del evangelio es semejante a Cristo, un hombre piadoso que anuncia con valentía, convicción y amor, las buenas nuevas del evangelio en forma completa. Es un heraldo que ha sido enviado por la autoridad de las Escrituras, que exhorta a sus oyentes en relación con la necesidad de recibir el evangelio y que invita de parte de Dios a aceptar este y a andar en él.

Toda presentación resumida de la predicación, para considerarse completa tendría que tocar elementos esenciales de la obra, tales como: 1) el carácter del hombre, 2) los modales de su presentación, 3) la misión en que se encuentra, 4) la magnitud de su obra y 5) el mensaje que presenta.

Cuando todos estos aspectos se combinan en un solo hombre y se mantiene el equilibrio divino, vemos el epítome del plan de Dios. La predicación del evangelio es la más noble actividad a la cual un varón cristiano se puede entregar.

Con el fin de proseguir con una idea que surge

¹ Las palabras que he escogido incluyen *euaggelizo*, *katagello*, *kerusso*, *laleo*, *parresiazomai*, *pleroo* y *parakaleo*. A mi juicio, estas son palabras clave que usa el Espíritu Santo para definir la predicación neotestamentaria.

de la anterior, supongamos que le damos vuelta a la moneda y echamos una mirada al siervo del diablo. ¿Qué características reuniría tal persona? Con algunas excepciones, no hay duda de que sería lo contrario del predicador del evangelio. Su descripción podría ponerse más o menos en los siguientes términos:

El predicador del diablo es un hombre semejante a Satanás, que con valentía anuncia, incluso exige, contra la voluntad del oyente, que este reciba el mensaje completo de la maldad y el pecado. Es un colaborador del diablo y sus ángeles que ha sido enviado por la motivación y la estimulación de la iniquidad. Exhorta a los demás a recibir el mensaje del diablo e insiste en que lo acepten, que anden en él y lo enseñen a otros.

Estas dos definiciones nos recuerdan el conflicto espiritual que continuamente se libra con furia en el mundo. Es una guerra de nunca acabar, un armagedón de todos los días, el perpetuo enfrentamiento entre el bien y el mal, en el cual todo el mundo debe luchar y que todo el mundo debe ganar o perder. Esta es una batalla de la cual nadie está exento. Lanzados al fragor de la lucha por nuestro libre albedrío, siempre estamos enfrentados a dos opciones, dos clases diferentes de predicadores que representan dos caminos diferentes en la vida que llevan a dos destinos diferentes en la eternidad. Estos predicadores nos llegan en todos los tamaños y formas, en toda clase de personalidades y capacidades, en todo momento y por diferentes vías.

Notemos especialmente al obrero del diablo, que en este caso es del sexo femenino; pero en

lugar de detenernos en una definición, pasaremos al retrato propiamente dicho de ella, que se presenta en las páginas de las Escrituras. Alguien dijo: «La mejor manera de transmitir una idea es envolverla en una persona». Tal persona se presenta entre los monarcas del reino del norte, intercalada entre Omri y Jehú, y no se debe pasar por alto. Al examinar este retrato, la carne y los huesos nos asistirán en la descripción de la sierva del diablo, y lo harán del mismo modo que los tendones y la carne que subieron sobre los huesos del cementerio de Ezequiel (Ezequiel 37). Luego veremos la espantosa realidad de cómo funciona la persuasión del diablo.

El retrato que vemos es el de una mujer que se sale de lo corriente, una abogada del diablo, una mujer obsesionada por una pasión. No es otra más que Jezabel. El nombre de ella es sinónimo de realeza, pues era la hija de Et-baal rey de Tiro, y la esposa de Acab rey de Israel. Fue la madre de Joram rey de Israel, y la abuela de Ocozías rey de Israel; y la suegra de Joram rey de Judá. Debido a lo degradante del pecado al cual ella descendió y deseó que otros descendieran, la llamaremos la misionera del diablo. Su vida es una caracterización de todo lo que el diablo podría desear en uno de sus obreros.

De primordial interés para nosotros son los métodos que ella usó en sus esfuerzos por evangelizar el reino del norte. Sin ayuda de nadie, los esfuerzos de ella contribuyeron decisivamente a hacer que casi toda la nación de Israel se postrara de rodillas en el culto de Baal. Por consiguiente, el reinado de Acab fue un tiempo en el que se produjo la más grande apostasía que alejó al pueblo del culto de Jehová, en la historia de Israel.² Desde todo punto de vista que se mire, se podría decir que Jezabel tuvo éxito en su horrorosa tarea de inducir a la nación a la apostasía. ¿Cómo lo logró? ¿Qué técnicas usó?

UN ENCENDIDO CELO

Un indiscutible rasgo de Jezabel, que la convertía en una convincente promotora del mal, era su encendido e incansable celo. No era miembro a

² El reinado de Acab fue uno de los momentos decisivos de la historia judía. Fue durante ese tiempo que se libró una de las verdaderamente «decisivas batallas del mundo». Fue la batalla entre el Señor y Baal (H. D. M. Spence y Joseph S. Exell, eds. gen., *Pulpit Commentary (Comentario del púlpito)* [Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1915; reimposición, New York: Funk & Wagnalls Co., 1950], vol. 5, *First Kings (Primero de Reyes)*, por J. Hammond, 373).

medias de su religión pagana; tenía membresía local y era específica y centrada. Todos los que la conocían estaban conscientes de su posición y de lo que se proponía. El suyo no era compromiso a medias, no era alguien que a veces se emocionaba con el baalismo y a veces no; antes, desde lo más profundo de ella irradiaba un constante impulso por propagar este paganismo.

Poco después de su llegada al reino del norte, fue considerada por toda la nación como una feroz y temida exponente de la repugnante religión de Baal. Todo el que se atrevía a creer en Jehová y a practicar la religión de Israel, tenía que vérselas con Jezabel.

Según el historiador Josefo, el padre de Jezabel, Et-baal, (conocido también como Itobal o Itobalus³) era un sacerdote de Astarté (16.31) que había usurpado el trono de Tiro. Su intenso fervor por el dios fenicio de Baal debió de haberle inspirado a enseñarle a su hija a ser también una apasionada adoradora de Baal. Una cosa es cierta: si él no le enseñó, entonces fue otro, y lo hizo muy bien, pues ella llegó a ser una agitadora, una partidaria de su religión que exigía todo o nada, cuya meta era conseguir que todo el mundo se postrara ante Baal.⁴

La religión de ella era incluso más importante que su familia. Antes que su esposo Acab, estaba su misión. Ella llegó al reino del norte con un profundo amor, pero no era por Acab, sino por Baal, su dios pagano. Para ella, haberse casado con un rey significaba tener los fondos y la oportunidad de proseguir y enseñar su religión. Por lo tanto, aceptarla como reina de Israel fue una de las peores decisiones que Acab y su padre Omri alguna vez tomaron. La unión de Acab con Jezabel es presentada en el 16.31 como un pecado que supera en gravedad al de seguir a los becerros de Jeroboam:

Porque le fue ligera cosa andar en los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, y tomó por mujer a Jezabel, hija de Et-baal rey de los sidonios,⁵ y fue y sirvió a Baal, y lo adoró.

³ «... [Aserymus] fue muerto por su hermano Pheles, quien tomó el reino, pero no reinó más de ocho meses, aunque vivió cincuenta años: fue muerto por Itobalus [Et-baal], el sacerdote de Astarté, que reinó treinta y dos años: fue sucedido por Badezorus...» (Josefo *Contra Apion* 1.18).

⁴ Estamos bastante seguros de que a este dios se le llamaba Melqart y que era la expresión tiria del dios palestino de la fertilidad, Baal.

⁵ La expresión «sidonios» debe considerarse sinónima de «fenicios». Sidón aparece en tiempos antiguotestamentarios como la principal ciudad de Fenicia, y al mismo tiempo se aplicaba con frecuencia a toda la nación. La capital de Fenicia era Tiro.

El pasaje insinúa que «lo más inocente» que hizo fue seguir la iniquidad de Jeroboam. Su casamiento con Jezabel fue peor. Esta era una poderosa personalidad que funcionaba como el espíritu malo que movía a Acab. Esto es lo que leemos: «A la verdad ninguno fue como Acab, que se vendió para hacer lo malo ante los ojos de Jehová; porque Jezabel su mujer lo incitaba» (21.25).

En realidad no fue con una mujer que Acab se casó; fue con una religión, una religión despiadada y degradante. Para complacer a Jezabel, Acab tuvo que erigir en Samaria un lugar para el culto de Baal, que incluía un templo, un altar a Baal, y una Asera, que era una columna de madera que representaba la contraparte femenina de Baal (16.32–33). Al ser una mujer obstinada en temperamento, Jezabel influía en su indeciso esposo para lograr sus propósitos. Ella tomaba las cosas en serio, y nada se iba a interponer en su camino.

Los cristianos neotestamentarios deberíamos aprender del profundo compromiso de ella. La primera y más grande necesidad de la iglesia verdadera es una devota entrega que sacrifique todo al señorío de Cristo en la propagación del evangelio por todo el mundo. La norma de discipulado que exige Jesús es elevada y exigente:

Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo (Lucas 14.26).

La sumisión de Jezabel a Baal corrompía el papel de esposa, de madre y de amiga que ella debía cumplir. Jezabel era exactamente la clase de persona que el Baalismo producía. La dedicación al culto de Baal convertía a cualquier persona en un demonio, no en un ser humano noble. Jezabel había llegado a ser como el objeto de su adoración.

El cristianismo no corrompe a los que se hacen cristianos. Debido a su naturaleza sana y a su efecto ennoblecedor de la personalidad humana, la dedicación a Cristo hace padres y madres amorosos, esposos y esposas amorosos, y amigos amorosos. No amaremos menos a nuestros seres queridos, antes los amaremos más. Aprenderemos a amarlos como es debido. Cuando amamos a Dios sobre todas las cosas, de la manera que debemos, nos amaremos unos a otros y al mundo de la manera que debemos.

UN DEVASTADOR ERROR

Jezabel también ilustra que los siervos del diablo son partidarios del error, del error que condena. Dios ha dado a todo adulto responsable

la tarea de enseñar (Efesios 6.1–4; Proverbios 22.6). Por lo tanto, enseñar es una seria responsabilidad, una que debe hacerse bien y que no se puede tomar a la ligera (Santiago 3.1–2). Jezabel aceptó su responsabilidad de enseñar, pero cometió el terrible error de enseñar una religión falsa e inicua, lo contrario de lo que Dios había mandado.

En este retrato de la misionera del diablo, vemos un matiz que causa dolor del corazón: Jezabel, una mujer con múltiples talentos, ¡dio su vida a la enseñanza del error! Si ella hubiera dado sus energías de un modo parecido a dar a conocer la santa verdad de Dios, la estaríamos considerando una heroína, una candidata para el Salón de la Fama de Dios. En vista de que ella se dedicaba a la propagación de mentiras, nos produce lástima, la menospreciamos, la evitamos, y, disgustados, rehusamos ponerles el nombre de ella a nuestras hijas. Ella no solamente desperdió su vida, sino que la desperdió por causa de una religión falsa.

En los materiales ugaríticos que han emergido, y que pertenecen al siglo cuarto a. C., hemos podido conocer más acerca del culto de Baal.⁶ Parece que el baalismo se basaba en las estaciones lluviosa y seca del año, que eran especialmente características de la región palestina. Según el mito de Baal, Baal y Anat eran hermanos y amantes. Baal fue muerto y comido por su enemigo Mot, el dios de la muerte. Debido a que Baal hacía a la tierra producir sus cultivos, su muerte produjo una estación seca e hizo que la vegetación muriera. Anat, o Asera, como el Antiguo Testamento la llama (16.33), fue a buscar a Baal. Al descubrir lo que Mot había hecho, ella prendió a Mot, lo mató, lo cortó en pedazos, y esparció los pedazos de su carne sobre los campos, para que los comieran las aves. Después que los restos de Mot fueron esparcidos sobre los campos, Baal volvió a la vida. La unión sexual entre los amantes trajo una vez más fertilidad a la tierra por medio de hacer que lloviera. Por esta razón, la religión del baalismo implicaba toda clase de perversiones sexuales, tal como la prostitución religiosa. Es probable que la religión incluyera el sacrificio de niños. Era una religión de degradación, mito e inmoralidad, una increíble religión, inmundada e inicua hasta la médula.

La intención de Jezabel, de reemplazar el culto de Jehová con esta religión, muestra el extremo al

⁶ Algunos de estos materiales han sido traducidos en J. B. Pritchard, ed., *The Ancient Near East: An Anthology of Texts and Pictures* (El antiguo oriente medio: Una antología de textos y cuadros) (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1965), 92–118.

cual llegaba la insensibilidad de sus acciones. Aparentemente, odiaba a Jehová, el Dios de Israel y el Dios de todas las naciones. Deseaba que Su culto fuera destruido y hacía todo lo que estuviera dentro de su poder para ver realizado ese propósito. Debió de haberse empapado de iniquidad antes de hacer frente al mundo cada día.

Proclamar la verdadera religión de Dios es el esfuerzo más sabio y más enriquecedor que el hombre puede conocer, pero abogar por una falsa fe es la peor manera de consumir el tiempo y las energías, y la peor obra que uno puede realizar por los demás. La verdadera religión de Dios es la más urgente necesidad y la más pura bendición del hombre; el error religioso es la peor maldición y la plaga más virulenta del hombre. La religión de Dios salva y sana; la religión apóstata condena y destruye.

El diablo no puede quitarle al hombre el deseo de adorar; pero puede satisfacer ese deseo, hasta cierto punto, con un sistema de vida y de adoración falso que le produzca sensaciones agradables. Por medio de Jezabel, el diablo procuraba reemplazar con idolatría pagana el anhelo innato que tiene el hombre, de Dios. Su misión era profanar, humillar y degradar a la especie humana con el sustituto del diablo para la religión de Dios.

UNA FUERZA BRUTAL

En su condición de embajadora del diablo, Jezabel aplicó una fuerza brutal para hacer espacio en Israel, para su religión. Sus enseñanzas se juntaban con su coacción real y el puño de hierro de la persecución.

Ella llegó a Israel con mucho bagaje. Su séquito incluía 450 profetas de Baal y 400 sacerdotes más de Baal. A estos se les mantenía en la fila de comensales del palacio. Su deber consistía en ir por todo Israel con el brazo represivo de la influencia y convertir al pueblo al baalismo. El impacto de las enseñanzas y la coacción de ellos se sentía por toda la tierra.

Aunque legalmente solo era la consorte del rey, esto es, su esposa, y no la monarca del país, Jezabel todavía ejercía suficiente influencia para ejecutar a todos los profetas de Jehová que sus secuaces pudieran atrapar (18.4–13).⁷ Ella se ponía en el lugar de Dios y determinaba quién debía vivir o morir. Su regla parece haber sido esta: «Todo

⁷ Puede que alguien pregunte: «¿Por qué fue malo que Jezabel matara a los profetas de Dios, mientras que matar a los profetas de Baal, por parte de Elías y de la multitud que estaba con él en el monte Carmelo, se consideró

profeta de Jehová merece morir, y morirá cuando yo lo encuentre». Algunos profetas escaparon de su reinado de terror; sin embargo, muchos de los profetas de Dios fueron muertos por sus planes asesinos.

Uno de los siervos de Acab, Abdías, logró esconder y alimentar en cuevas a cien profetas. De este modo, los protegió de los implacables ataques de ella.

Porque cuando Jezabel destruía a los profetas de Jehová, Abdías tomó a cien profetas y los escondió de cincuenta en cincuenta en cuevas, y los sustentó con pan y agua (18.4; vea 18.13).

Después de la gran confrontación sobre el monte Carmelo, Jezabel trató incluso de matar a Elías, pero no tuvo éxito:

Acab dio a Jezabel la nueva de todo lo que Elías había hecho, y de cómo había matado a espada a todos los profetas. Entonces envió Jezabel a Elías un mensajero, diciendo: Así me hagan los dioses, y aun me añadan, si mañana a estas horas yo no he puesto tu persona como la de uno de ellos (19.1–2).

Aquí hay una lección que podemos aprender. El diablo usa la fuerza, pero los cristianos no. El pueblo de Dios jamás debe recurrir a ninguna clase de manipulación o de presión excesiva, y mucho menos a la persecución. El cristianismo es una religión que consiste en «comprender y aprender», no es una religión que se mete a la fuerza en el corazón de alguien por medio de la intimidación externa. Si el pecador no la elige con entusiasmo y con sinceridad, no podrá ser recibida. La única manera como alguien puede venir a Cristo es por medio de creer *con su corazón* (Romanos 10.10) y de

bueno?». Hay varias consideraciones que deben tenerse en cuenta al responder esta pregunta. En primer lugar, es probable que los profetas de Baal fueran los verdugos que Jezabel habría enviado para matar a los profetas de Dios. Por lo tanto, era correcto y era un deber considerarlos asesinos. En segundo lugar, la religión de Baal era la peor religión falsa que se podía imaginar. En el culto que esta promovía, se incluían toda clase de actos de inmoralidad sexual e incluso el sacrificio de niños. Todos estos pecados eran condenados por la ley del Antiguo Testamento y para ellos estaba estipulada la pena de muerte. En tercer lugar, Elías estaba bajo el mandamiento directo de Dios en el sentido de exterminar la plaga de los falsos profetas que estaban llevando Israel a cometer vanos y necios pecados. El hecho de que Jezabel enviara a sus embajadores a asesinar a los profetas de Dios requeriría la ejecución de la pena capital por parte del verdadero siervo de Dios, que era Elías. De modo que los profetas de Baal recibieron su sentencia de muerte de parte de Dios; más adelante, Jezabel también la recibió.

obedecer el evangelio *de corazón* (Romanos 6.17). La coacción que alguien ejerza, cual sea la medida de ella, anula esta respuesta del corazón a Dios.

Se cuenta que dos boy scouts entraron en una tienda de la calle mayor del pueblo. Estaban completamente sudados y tenían el rostro colorado como si hubieran estado peleando con un oso.

—¿En qué han estado ustedes muchachos?
—les preguntó el dependiente.

—Estábamos haciendo nuestra obra buena del día. Le ayudamos a una viejita a cruzar la calle
—respondió uno de ellos .

—¿De veras? —dijo el dependiente sonriendo—. Qué corteses son ustedes. Me imagino que no fue tan difícil. ¿Por qué están tan acalorados y tan sudorosos?

—Es que ella no quería cruzar —respondió avergonzadamente uno de los muchachos.

La anterior constituye una ilustración de cómo Jezabel servía a Baal: por la fuerza. Ella obligaba a las personas a postrarse delante de Baal, incluso cuando ellas no deseaban adorarlo, y mataba a los profetas de Dios. Sus tácticas recalcan una diferencia fundamental entre Dios y Satanás. Dios respeta el corazón humano, dándole lugar para que decida por la fe y el amor. Satanás no actúa así. Dios lo corteja a uno para que le sirva; Satanás está dispuesto, si es necesario, a *obligarlo* a uno a servirle.

UN CRUEL EGOÍSMO

Al leer entre líneas, vemos que Jezabel estaba dominada por un increíble egoísmo. Vivía como si el mundo girara alrededor de ella.

Así es; no nos debería sorprender el ver este espíritu en Jezabel. Nos sorprendería más no verlo, pues uno no puede entregarse plenamente a la voluntad del diablo sin hacerse partidario de una vida de egocentrismo. El meollo del asunto es el egoísmo. Un pecador es sencillamente alguien que exige el cumplimiento de sus deseos en lugar de los de Dios.

A la luz del estilo de vida, el culto y el compromiso con el mal, de ella, era lógico que Jezabel se deshiciera de Nabot y de los hijos de este, con el fin de apoderarse de la viña de él, para darla a su esposo (21.15). Una familia no significaba nada para ella. Las personas eran «objetos desechables» para ella. Si alguien se interponía en su camino, no lo pensaba para destruirlo, porque para ella era como aplastar un insecto. El egoísmo le impedía reconocer el valor de las personas, de la verdad y de la bondad, al llenarle su cabeza con una sola palabra: «yo».

Reiterando lo dicho, es una acusada diferencia la que se observa entre el cristianismo y la religión del diablo, al contrastar el desinterés de la primera con el egoísmo de la segunda. Cristo amó a los demás y murió por ellos; los cristianos aman a los demás y viven para ellos. La gente impía exige y se apodera; intimida, domina y amenaza. Cristo enseñó a Sus discípulos a servir a la humanidad; el diablo enseña a sus discípulos a servirse de la humanidad, a salirse con la suya.

Jezabel era experta en vivir para sí misma; era la máxima exponente de lo que el diablo desea en sus obreros. Ejemplificó la verdadera naturaleza del pecado y del egoísmo. Una gran característica de su religión se deletreaba con las letras «y» y «o» del pronombre «yo».

UNA PERMANENTE DESOBEDIENCIA

El carácter de Jezabel fue constantemente inicuo hasta el final de su vida. Jamás se arrepintió, jamás se convirtió a Dios ni a la verdad. Su corazón se endureció por la fe en el error y por el engaño del pecado. Se le presentaron oportunidades para conocer acerca del verdadero Dios, pero ella las arrojó de sí como si fueran basura que debía desecharse rápidamente. De vez en cuando tuvo el privilegio de oír predicar a los profetas de Dios, pero ella rehusó escuchar. Al cerrar sus ojos y tapar sus oídos, ella no permitiría que su corazón recibiera la verdad.

Junto con todo Israel, a Jezabel se le invitó a presenciar la gran confrontación que se dio sobre el monte Carmelo, y a determinar en su mente de una vez por todas quién es el verdadero Dios (1° Reyes 18). Ella rehusó ir. Estaba segura de lo que creía, ¡y no iba a permitir que la confundieran las evidencias!

En 1° Reyes 20.1–4 leemos que Ben-adad y treinta y dos reyes más, rodearon Samaria y la combatieron. La derrota de Samaria fue tan contundente que Acab aceptó que Ben-adad tomara sus mujeres, sus hijos, su plata y su oro. ¡Cuánto debió de haber afectado tal decisión de Acab a Jezabel! Toda esperanza se había perdido; ella, con el resto del harén de Acab, había de entregarse a Ben-adad para vivir como prisionera y esclava de guerra. Más adelante, cuando Jehová libró a Jezabel y a las demás mujeres, de manos de Ben-adad, ella no mostró aprecio alguno. El dios de ella, Baal, no la pudo salvar. Sabía que era Jehová quien la había redimido de las garras de un rey pagano, pero su corazón endurecido rechazaba la verdad como un techo de metal rechaza las suaves gotas de la lluvia.

Debido a los asesinatos de Jezabel, y a otras

violaciones de las leyes morales y religiosas de Dios que ella cometió, una horrorosa sentencia divina se pronunció en su contra. Su cuerpo sería comido por los perros junto al muro de Jezreel. Más adelante, el joven profeta que ungió a Jehú como rey le encargó realizar una asignación dada por Dios:

Herirás la casa de Acab tu señor, para que yo venga la sangre de mis siervos los profetas, y la sangre de todos los siervos de Jehová, de la mano de Jezabel [...] Y a Jezabel la comerán los perros en el campo de Jezreel, y no habrá quien la sepulte (2° Reyes 9.7–10).

Esta profecía se cumplió en detalle. Once años después de la muerte de Acab, Jehú ejecutó su despiadada venganza sobre la casa real. Cuando el tren del juicio de Dios rodó hasta la estación, Jezabel se pintó los ojos, se atavió la cabeza y se asomó a una ventana (2° Reyes 9.30–32). Ella llamó a Jehú, cuando este se acercaba, diciendo: «¿Sucedió bien a Zimri, que mató a su Señor?». ⁸ Jehú miró hacia la ventana y dijo: «¿Quién está conmigo? ¿quién?» (vers.º 31). Dos o tres eunucos se asomaron. «Echadla abajo», ordenó Jehú (vers.º 32). Ellos, sin titubear, obedecieron. Jezabel cayó frente al carro de él, que la atropelló intencionalmente, y la sangre de ella salpicó en los caballos y en la pared. Como una hora después, al recordar que la muerta era hija de un rey, Jehú ordenó sepultarla; pero los soldados hallaron que los perros, los carroñeros de las ciudades orientales, se habían adelantado a ellos y no habían dejado más que la calavera, los pies y las palmas de las manos. Después de este incidente, leemos:

Y volvieron, y se lo dijeron. Y él dijo: Esta es la palabra de Dios, la cual él habló por medio de su siervo Elías tisbita, diciendo: En la heredad de Jezreel comerán los perros las carnes de Jezabel, y el cuerpo de Jezabel será como estiércol sobre la faz de la tierra en la heredad de Jezreel, de manera que nadie pueda decir: Esta es Jezabel (2° Reyes 9.36–37; vea 1° Reyes 21.23).

El juicio de Dios contra ella, se había cumplido

⁸ James Burton Coffman escribió un párrafo que constituye un buen resumen de esta escena: «Ella mantuvo su carácter de reina hasta el día de su muerte; y murió con todos los atributos de su puesto, con sus adornos acostumbrados tales como los ojos pintados y la cabeza ataviada (es probable que usara su corona). Se refirió a Jehú como un regicida, otro Zimri, recordándole que este mismo pagó el castigo por sus obras» (James Burton Coffman, *Second Kings (Segundo de Reyes)* [Abilene, Tex.: ACU Press, 1992], 124).

en su totalidad. Jezabel mantuvo endurecido su corazón, hasta su horrible muerte. Ella fue fiel a la obra del diablo, hasta que pagó el precio máximo por su iniquidad.

El astuto obrero del diablo debe ser fiel a los propósitos de este hasta el final. No basta con que tenga un corazón endurecido temporalmente. Debe manifestar un corazón enfermo toda su vida. Es necesario que su vida muestre un total compromiso. Si uno sirve al diablo por un tiempo y luego da media vuelta —se vuelve a Dios y comienza a servir a Este— tal conversión le mostrará a otros la insensatez de seguir al diablo. Cuando Saulo el perseguidor se convirtió en Pablo el perseguido, el diablo perdió a supreciado siervo y Dios ganó a Su más eficaz misionero. Quien sigue con el diablo hasta enfrentar los amargos resultados de su vida inicua, es la mejor propaganda para el diablo.

Andar con el mal hasta la muerte fue la clase de servicio que Jezabel rindió. Ella nunca cedió a la verdad. Cuando la muerte se acercó, la miró a los ojos con un corazón rebelde para con Dios. Ni siquiera el soplo de la eternidad suavizó su pecaminoso corazón.

CONCLUSIÓN

Después de ver los métodos de evangelismo pagano que usó Jezabel, hacemos a un lado el retrato de ella y reflexionamos sobre lo que hemos aprendido. Sé que no ha sido agradable haber visto esta instantánea de carne y sangre y en colores vivos. Hemos visto error, egoísmo, fuerza poco grata y un corazón envilecido. El retrato nos ha recordado lo que *no* debe hacerse en el evangelismo. Debemos ser celosos por la verdad, no por el error. Debemos amar, vivir y trabajar para la verdad, no para el paganismo. Debemos absorber el espíritu desinteresado de Cristo, y jamás coaccionar, obligar o presionar a nadie a venir a Cristo. Hemos de enseñarles, sí, pero no debemos obligarlos a sujetarse a la voluntad de Cristo. Rogaremos a los demás, pero no los manipularemos. Se nos ha presentado el desafío de arrepentirnos cuando erramos, manteniendo un corazón suave y ensanchado delante del Señor.

¡Qué lástima que Jezabel no aprendió la verdad acerca de Dios, ni se rindió a Este, ni dio el ejemplo de una vida justa delante de la nación! ¡Qué trágico que ella muriera en el paganismo sin esperanza, en el cual fue criada en Tiro! Con el transcurrir de los siglos, ¿cuántos más se han unido a Jezabel al rechazar la verdad, al amar las tinieblas del error antes que la luz?

¡Qué pena que los reyes de Israel y de Judá no

vivieran de tal modo que su dedicación a Jehová hubiera constreñido a Jezabel a volverse de sus malos caminos y a creer en el verdadero Dios! Es triste que no amaran a Jehová lo suficiente para evitar que tuviera tan fuerte influencia en el futuro de Israel y en el descenso de este a la idolatría pagana.

Así, la biografía de Jezabel es un andar con la muerte. Ella estaba muerta mientras vivía, y su muerte fue la peor de las muertes. Hasta el recuerdo de Jezabel no pasa de ser un sinónimo de caminos inicuos y de inmoralidad (Apocalipsis 2.20). Vivir para el error —para los siniestros y tenebrosos rituales de la religión pagana— como ella vivió, equivale a recibir al infierno. ¿Quién escogería tal rumbo en la vida? Es una vida terrible, y el fin es peor. La vida del misionero cristiano es difícil a veces, pero los beneficios que se reciben a la jubilación «no son comparables con nada de este mundo». La vida del misionero del diablo es devastada por el mal, y al llegar a su final enfrenta el escalofriante momento de morir sin Dios, de irse bajo la sentencia de juicio de Dios.

El diablo paga a sus misioneros con las monedas de la retribución. En un sentido, sus misioneros deben pagar el precio por su propia

labor, pues son ellos, no el diablo, los que mueren y algún día comparecerán delante de Dios para responder por sus obras. ¿Qué le parece trabajar para alguien y luego, al final de sus labores, tener que pagarse usted mismo por su trabajo? Como Jezabel descubrió, el diablo le exige a uno pagarse su propio salario para trabajar para él.

Al final, Jezabel ilustra todo aspecto del mal: la vida, el carácter, los efectos sobre los demás y sobre todo la desesperanza. Su vida constituye un monumento de lo que no se debe hacer, un recordatorio de los errores que no se deben cometer.

Al considerar su calavera, sus manos y sus pies desparramados por el suelo, en Jezreel, no se nos ocurre otro epitafio para ella, que las palabras de Romanos 6.23, palabras que describen la retribución de todos los que se dedican a la obra del diablo: «... la paga del pecado es muerte...». Jezabel hizo todo lo que pudo por su maestro, Satanás. ¿Qué pago recibió? ¡La muerte! ◆

*Lección a ser aprendida:
Todas las manzanas del diablo
están podridas.*